

*Sigmund Freud:*

# Violencia y/o civilización

Ignacio Solares

*La tensión entre la pulsión de vida y la pulsión de muerte (Eros y Tánatos) se encuentra en la base del pensamiento freudiano, sobre todo en su obra tardía El malestar en la cultura (1930). Ignacio Solares, al analizar el problema de la violencia en Freud, desglosa la pregunta fundamental para la sociedad en que vivimos actualmente: ¿es posible la paz en un mundo como el nuestro?*

En una carta dirigida a Einstein en 1933, dice Freud:

Hoy la violencia está en la más absoluta oposición a la actitud psíquica que nos impone —que nos ha impuesto ya— el proceso de civilización. No podemos echar marcha atrás. Tenemos que sublevarnos contra esa violencia porque, simple y sencillamente, ya no nos es posible sufrirla, asimilarla. Le aclaro: esto no es un repudio meramente intelectual y emocional. Al contrario. Nosotros, los pacifistas, tenemos ya por naturaleza, esto es, instintivamente, una intolerancia ante la guerra.

Y remata la carta: “¿Cuánto tendremos que esperar antes de que el resto de la humanidad se haga también como nosotros, pacifista?”. Como preguntándose, como preguntándole a Einstein, como preguntándoles ¿a quiénes?: cuánto tendremos que esperar para que la humanidad adquiera ésa, su segunda naturaleza: instintivamente pacifista; esto es antidarwiniana y, de alguna manera también, antifreudiana. Una segunda naturaleza que rompiera el condicionamiento trágico —la cadena que nos impide ser libres— de la selección natural

y, sobre todo, de la supuesta agresión innata y el instinto de muerte en los seres humanos.

¿Es posible esa segunda naturaleza?

El propio Freud habló del “doloroso proceso de civilización que conduce a la sublimación y a una organización racional de los instintos”.

Mucho nos tememos que ese doloroso proceso —Freud siempre subrayó su carácter de doloroso— tiene que ver muy directamente con el actual debate sobre la violencia, a partir de los tiempos convulsos que vive el mundo en general y en particular nuestro país. “No podemos echar marcha atrás”. Nunca dijo, hay que subrayarlo, que fuera más fácil ser pacifista que violento. La inercia nos llevaría, más bien, a esa última condición más “natural” o primaria, por decirlo así.

¿Pero es de veras posible el pacifismo en un mundo como el nuestro?

En el propio Freud el aprendizaje de esa “segunda” naturaleza fue de lo más doloroso. En uno de sus primeros trabajos, *Esquemas del psicoanálisis*, había escrito: “En general, es insano contener la agresividad y es causa de enfermedad”. Una de las más graves limitan-

tes del psicoanálisis es continuar en esa postura, anterior al “otro” Freud. Hoy sabemos el daño que se le hace a un enfermo neurótico, incapaz de controlar su violencia, instándolo a que la exprese abiertamente como posible cura. ¿Cómo evoluciona Freud ante esa perspectiva? Quizás, el intento más importante entre el humanista y el teórico se encuentra en *El malestar en la cultura*, uno de sus libros fundamentales en este sentido. Allí habla por primera vez de la salida, de la única salida: la idea de que todo instinto destructivo puede transformarse en conciencia. Dice Freud que gracias a este proceso: “La civilización logra dominar el peligroso deseo que el individuo siente de agredir, debilitándolo y desarmándolo, y montando dentro de él un organismo para vigilarlo, como una guarnición en una ciudad conquistada”. Pero aún agrega: “El instinto de destrucción moderado y domado, al dirigirse en su nueva forma a los objetos exteriores, tiene que proporcionar al ego la satisfacción de sus necesidades vitales y el poder sobre la naturaleza”.

Ésta parece ser la mejor definición de “sublimación” freudiana, esa “nueva forma” que puede adquirir la agresividad. El objetivo del instinto, entonces, no se debilita sino que se dirige hacia otros fines socialmente válidos, en este caso el de “dominar a la naturaleza”, en lo cual hay implícito, es obvio, un sentimiento de solidaridad humana... Ronald Laing dice que por la primera postura freudiana ante la agresividad, el psicoanálisis tradicional era “un callejón sin salida”. Poco se logra poniendo a los enfermos a enfrentarse violentamente con las figuras (generalmente paternas) que les provocaron la represión y por lo tanto la introyección de la agresividad.

En primer lugar porque esas figuras son fantasmagóricas, aunque estén vivas. En segundo, porque el remedio se vuel-

ve la mayor parte de las veces peor que la enfermedad y dificulta el verdadero fin terapéutico: mostrarle al enfermo el control para conocer y racionalizar sus impulsos.

Y al preguntarle a Laing adónde podría conducir ese control de los impulsos, respondió muy concretamente: “A trabajar por uno mismo y por los demás”. ¿No es ese trabajo posible —síntoma fundamental de la cura— un equivalente al dominio de la naturaleza de que hablaba Freud? ¿Cuánto tiene que ver todo esto con nosotros hoy, aquí y ahora? Por lo pronto, que la violencia —“pelear con fantasmas vivos o muertos”— no parece llevarnos a ninguna solución.

#### EL INSTINTO DE MUERTE

Fue Erich Fromm el primero en llamar la atención sobre la evolución del pensamiento de Freud respecto a la violencia. Hasta 1920, Freud apenas si había prestado atención al tema. Él mismo expresa su asombro diez años después en *El malestar en la cultura*: “No logro entender cómo pude olvidar la ubicuidad de la agresividad y la destructividad y cómo pude haber dejado de concederle el lugar debido en nuestra interpretación de la vida”.

La razón que da Fromm para esta desatención de la violencia es que Freud había vivido tiempos más o menos tranquilos y, dice, “en tiempos tranquilos se piensa diferente”. A fin de entender este punto ciego en las primeras teorías del psicoanálisis habría que pensar en el ambiente de la clase media europea antes de la Primera Guerra Mundial. Por principio de cuentas, recordar que no había habido guerras desde 1871.

La burguesía progresaba tanto en lo económico como en lo político y el antagonismo entre las clases so-



Pablo Picasso, *Guernica*, boceto 14, 4 de mayo de 1937

ciales se había ido reduciendo, como siempre termina por suceder en tiempos de paz (algo que es comprobable en los procesos históricos y que nos refiere, de nuevo, las desventajas de la violencia para alcanzar metas de justicia). El mundo debió de parecerle a ese primer Freud pacífico y cada vez más civilizado, sobre todo si no se prestaba atención a la mayor parte de la humanidad, la que vivía en Asia, en África y en la América meridional, en condiciones de pobreza y de deshumanización absolutas. La burguesía europea no padecía aún los sofisticados medios de comunicación de hoy. La destructividad humana parecía un hecho que había desempeñado su papel en los tenebrosos siglos anteriores, pero que estaba felizmente superada por la razón y la buena voluntad. Los problemas psicológicos más graves que se planteaba Freud eran, finalmente, los de una sociedad puritana, demasiado estrecha respecto al concepto de lo amoroso. Freud debió de estar tan impresionado ante la prueba de los dañinos resultados que producía la represión sexual, que se centró en ellos, y prestó poca atención a la violencia que, luego diría, llega a valer por sí misma. Hasta que estalló la Primera Guerra Mundial y todo su sistema teórico se resquebrajó. ¿Podía haber sido de otra forma?

Además de este factor, podría agregarse su propia situación personal. Según sabemos por la biografía de Ernest Jones, Freud tenía una preocupación particular ante la muerte. Después de cumplir cuarenta años, él mismo confesó, “cada día creía morir”, e incluso tenía ataques de *Todesangst*, esto es, miedo a la muerte. Dice que al despedirse de sus seres queridos y sus amigos, pensaba: “tal vez no vuelvan a verme nunca”. Es posible entonces suponer que su propia neurosis —¿sin esa neurosis podía haber sido el creador del psicoanálisis?— le condujo al intento de “reconciliarse” con la violencia, que sentía latente, autodestructora en él mismo.

Pero cualquier conclusión puede resultar simplista aplicada al pensamiento freudiano. Y sería, finalmente, una traición. El fondo de su mensaje —psicológico pero también filosófico— subraya la complejidad de lo humano. Freud pensaba siempre en forma dualista, esto es, dialéctica: amor-odio, deseo-agresión, consciencia-inconsciencia. Veía en todo proceso mental —sano o enfermo— fuerzas opuestas combatirse mutuamente, y la vida misma era resultado de ese batallar. La primera forma que adquirió esa dualidad fue la de la sexualidad y el instinto de conservación. La neurosis no era sino una forma de ese instinto de conservación ante los oscuros embates del deseo sexual “desorganizado” (dirigido, incluso, hacia los padres). Ahí nació su teoría de la libido que, sin embargo, lo metió en un problema. La libido ponía todos los instintos de autoconservación en el placentero campo del narcisismo y lo limitaba en su concepción dialéctica del aparato psíquico. ¿No corría el riesgo de caer en una teoría *monista*, algo que temía en verdad? Y lo que es peor: ¿no justificaba una de las herejías principales de Jung: el concepto de que la libido es toda energía psíquica? La complejidad que veía en los seres humanos se le derrumbaba a Freud teóricamente. Tenía entonces que hallar otro instinto, opuesto a la libido, que lo regresara a su visión original y “científica”. Sin opuestos no hay ciencia psicológica. El instinto de muerte —base de toda violencia— cumplía ese requisito. La vida era de nuevo un campo de batalla: los instintos de Eros y de Tanatos. De ahí que su epígrafe predilecto, dijo, fue uno que le tomó a Horacio: “Si buscas la paz, prepárate para la guerra”. Que en estos tiempos, hoy, aquí y ahora, es de una actualidad absoluta. ▣

Del libro *Presencia de lo invisible* de próxima aparición bajo el sello de Taurus.



Pablo Picasso, *Guernica*, lámina 35, 1937



Pablo Picasso, *Guernica*, lámina 38, 1937